

Una conversación con el profesor Luis Jiménez Moreno

Ramón Emilio MANDADO GUTIÉRREZ

Universidad Complutense de Madrid

Un conocido aforismo de Eugenio d'Ors dice que dentro de cada idea late una biografía. Mientras me dirijo al domicilio del Profesor Luis Jiménez Moreno, voy sopesando el alcance de tal aserto, quizás porque recelo de los oráculos demasiado redondos; también podría decirse que la biografía de un hombre maduro en sus ideas o se rompe en ellas o simplemente deserta de su esquematismo. En ello estoy cuando, frente a la frigididad del exterior, soy acogido en una estancia pequeña, un “íntimo íntimo” intelectual donde se apilan libros y recuerdos, ideas y biografía, en conjunción barroca: Un retrato de bodas, *El pequeño filósofo* de Azorín, algún cuadro notable, *El hombre y la Verdad* de Xavier Zubiri...

- Pasa, te estaba esperando ¡cuánto honor con tu visita!

No es una mera fórmula de cortesía. El tono cálido y la sencillez me hacen ver que la bienvenida es sincera. Por eso la conversación, sin solución de continuidad, pasa fácilmente de las cosas de la vida a la vida misma y de ésta a la memoria. Luis Jiménez recuerda sus años de estudios en Valencia, Madrid, Munich, refiere anécdotas de Santiago Montero Díaz y de José Todolí, alude a lo complicado que era en los años cincuenta explicar que Nietzsche era filósofo, a no ser que se hiciera con él como se hizo con Ortega:

- *El presidente del Tribunal que examinó mi Tesis doctoral era D. Lucio Gil Fagoaga, figuraban también D. José Luis López Aranguren, D. Santiago Montero Díaz y D. Antonio Millán Puelles, pero éste no se presentó. Entonces los tribunales estaban formados por cuatro doctores y para constituirse sólo se precisaba la presencia de tres.*

- Tuviste algún maestro que recuerdes con particular aprecio o que su magisterio haya sido importante para ti?

- *Es complejo hablar de los maestros al referirse a una época en la que, por sus propias circunstancias, abundaba el autodidactismo, pero debo reconocer mi deuda con muchos profesores en los diferentes centros donde me formé, si bien me agrada recordar con especial gratitud y reconocimiento por su actitud científica y pedagógica al maestro nacional de la escuela de mi pueblo D. Pedro Hernández Jaén que mereció la Cruz de Alfonso X el Sabio. En mis estudios universitarios, más por su talante que por su doctrina, he de mencionar al catedrático Dr. José Luis López Aranguren que fue director de mi tesis doctoral sobre "El pensamiento antropológico de Nietzsche". Eran tiempos difíciles para estudiar cuestiones filosóficas que estuvieran al margen de la filosofía oficial. También merece mi grato recuerdo y admiración el gran humanista alemán de la Universidad de Munich Dr. Max Müller.*

- ¿Ha habido en tu trayectoria intelectual y pedagógica, jalonada de Institutos, Universidades, artículos, libros, conferencias, congresos etc... algún principio rector que valores de modo particular?

- *Siempre me ha gustado reconocer al que trabaja y trabaja bien, aunque discrepa de sus ideas, pues he tenido por sabio al que sabe aceptar el desacuerdo. Como principio rector siempre he procurado regirme por la fidelidad, aunque alguna vez hube de advertir a alguien que yo era fiel, pero no incondicional. He procurado que rigiese la razón, el criterio generalizable, antes que el capricho o el interés propio y del momento.*

- ¿Cómo ves la evolución del mundo académico y universitario desde que te iniciaste en él hasta hoy?

- *Existe gran diferencia entre aquel mundo y el presente en dos aspectos: la mejor dotación de medios (libros y Bibliotecas) que actualmente dan posibilidades para investigar en la propia España sobre asuntos muy varios y la libertad pues, en principio, no hay tabúes respecto a los temas. Pero existe la presión de los cotarros*

o la industria cultural que impone sus programas con tanta presión o más que intentaba hacerlo la doctrina oficial. El modo de comportamiento de muchos catedráticos hoy sigue siendo el mismo de entonces.

Luis Jiménez relata los avatares de su trayectoria académica no exenta de sinsabores. En algún momento le recuerdo que, desde siempre, la vida universitaria se ha visto sometida a insidias de cacicazgo, capilla ideológica, intrigas gremiales u otras miserias. Por un instante calla, me mira y añade que, a pesar de todo, lo importante es sostenerse en el ambiente académico, sin empeñar el decoro y la libertad intelectual:

- En tu caso, además del pundonor personal o el desempeño de un puesto de trabajo ¿Hubo alguna razón de tipo moral o deontológico para hacerlo?

- El principio moral o deontológico de la libertad ha sido capital. Por atenerme a este criterio algún catedrático al que le manifesté mi desacuerdo me dijo “usted es mi conciencia”, cosa que nunca he pretendido ser la conciencia de nadie. He procurado guiarme por el interés general y nunca por caprichos oportunistas. Esto me ha hecho bastante independiente y neutral, pero debo recordar que independiente o neutral nunca quiere decir indiferente, pues es preciso discernir de dónde se toman los criterios. Acuérdate de lo que decía Pródico de Kíos “prefiero jueces neutrales, pero no indiferentes”. Como te he dicho aunque no existe una presión ideológica oficial, sí existe una presión ideológica o comercial de los cotarros que llega a anular a quien no entra en sus temas o venera sus ídolos.

Por unos momentos la conversación deriva hacia la anécdota y el chisme, pero advertimos enseguida la esterilidad de semejante pérdida de tiempo y nos centramos en cuestiones más importantes:

- ¿Qué importancia concedes en la Filosofía al compromiso pedagógico?

- El compromiso pedagógico y didáctico, es fundamental para la Filosofía, recuerda siempre la Paideia de Platón. Lo principal de la función social del filósofo consiste en formar “hombres-persona”, en educar ciudadanos en la relación responsable de cada uno con la sociedad y no en acumular datos o conocimientos. Creo que, incluso entre quienes se dedican a la Filosofía, no se valora como se debiera la suscitación de vocaciones filosóficas, interesa más la publicidad o el dinero. Pero el talante socrático es irrenunciable, es una componente fundamental de esa correlación entre la Filosofía y la vida que a mi me gusta tanto. A pesar de sus distintas formulaciones teóricas, existe un evidente paralelismo entre Sócrates

y Nietzsche en su modo de proceder, pues despiertan la personalización del saber y el actuar.

Conforme avanza nuestra conversación Luis Jiménez se interna cada vez más en la fronda de su erudición filosófica, sin embargo no parece una momia intelectual al uso sino un pensador convencido y comprometido, apasionado incluso, que busca la autenticidad. Somete la prosodia del decir a la Pragmática, incluso a una gesticulación discreta y en lo expresivo su semántica es exacta. Piensa de modo contemporáneo, crítico, e intercala citas en alemán o latín para abundar en ello. Sin embargo veo también cuando lo hace que no es un logrero oportunista, ni un pagado de sí mismo, sino alguien que ajusta cuentas con la hipocresía y los lugares comunes. Y así, en la acción de su propio pensamiento, muestra la verdad del filósofo. Le pregunto:

- ¿No es más comprensible para quien tiene alguna inquietud teórica, el discurso filosófico de la Postmodernidad o la Hermenéutica que el del Vitalismo? O mejor ¿No son preferibles éstos para despertar esa inquietud en nuestra sociedad?

- *El discurso vitalista es difícil de afirmar y propagar como escuela filosófica porque el Vitalismo fomenta lo concreto, individual y variable, lo singular cambiante que exige la personalización de cada uno y nunca la uniformidad, mientras que la Postmodernidad es algo tan indefinido en su forma y contenido que se afirma porque se dice y no se piensa mucho. Por otro lado la Dialéctica responde a una organización sistemática del pensamiento que incluso se muestra en estructuras políticas de gran fuerza organizativa. Sin duda esto tiene su atractivo, responde al hechizo que ejerce el Positivismo en las sociedades de masas, de ahí los riesgos que se corren cuando se quiere generalizar el Vitalismo o dotarle de fuerza organizativa; el pensar personal, los modos de afirmación propia, tiene difícil encaje en uniones organizativas, necesita esfuerzo y a veces disenso pero debe intentarse; ahora bien, mientras la Dialéctica exige acomodarse a conceptos, sujetarse a estructuras preconcebidas y la Postmodernidad la despreocupación, el Vitalismo apela siempre al esfuerzo de sostenerse en el pensar por cuenta propia, en el actuar concreto de cada día.*

- En relación con esto permíteme que te pregunte por la “praxis”, pues aludes a ella con frecuencia en los escritos en donde vinculas estrechamente vida y cultura: ¿No es ésa una categoría antropológica, demasiado maltratada por la historia del siglo XX, es decir infectada por un lado de esteticismo y por otro de simplismo revolucionario?

- Cuando insisto en la “praxis” distingo lo “práxico” como variedad de lo práctico en cuanto utilitario y lo que realmente vale para largo tiempo y no para salir del paso. En realidad me estoy refiriendo a la acepción original griega de “saber actuar” como diferente de “saber ver”, es decir a la diferencia entre saber observar y saber hacer cosas bellas o cosas útiles o herramientas. “Saber actuar” es la praxis que vale en el obrar de los hombres. Ahora bien, reivindico este obrar no en el exclusivo sentido político o económico o crematístico de muchos políticamente organizados, sino en sentido formador o transformador. De tal manera que la praxis, ese “saber actuar” al que me refiero, une la cultura con la vida del mismo modo que hace Ortega y Gasset cuando dice que “la vida tiene que ser culta, pero la cultura ha de ser vital”. Mi vitalismo es antropológico-axiológico y por tanto cuando me refiero a la “praxis” procuro referirme a ella con los términos “actuación” o “actualización”, pues son la mejor traducción del término “energeia” que es el que para mí rige en la “praxis”.

- Sin duda esa acepción vitalista de la cultura destaca en tus escritos pero, además, va acompañada de una interpretación de los ideales ilustrados, también de raigambre nietzscheana. Si no deduzco mal, hay en ello una sutil preferencia del antropologismo frente al antropocentrismo: ¿Es así? ¿predomina en la Historia de la Filosofía una exégesis incorrecta de la Ilustración? ¿sigue siendo ésta una tarea inacabada como opinan los francfortianos?

Mientras le hago esta pregunta Luis Jiménez asiente con la cabeza dando a entender que interpreto bien su pensamiento; pero a pesar de todo no elude una respuesta:

- La Ilustración hay que adjetivarla, no sustantivarla. En sintonía con Kant considero que el ser ilustrado obliga más a esclarecer en qué consiste vivir como persona que en definir a la persona. Por tanto, estoy a favor de la vigencia de los ideales ilustrados, y al referirme a estos estoy pensando en los modos de vida de los hombres. En tiempos que fui director de un Instituto problemático, cuando se pretendía la revolución por la anulación de las instituciones educativas, hube de aclarar que la enseñanza no era un servicio al régimen político, sino un servicio a la sociedad y que con cualquier régimen se hacía necesaria la enseñanza porque no creo en ninguna democracia de analfabetos. Puede no ser correcta la interpretación de la Ilustración como enfrentamiento de los ilustrados contra los no cultivados, pero en cualquier caso la universalización de los ideales ilustrados exige ilustración previa. Prefiero considerar la Ilustración como un estado de ánimo en los hombres más que como una época. Por tanto puede pensarse en Ilustración inacabada cuando se pretende un proceso de Ilustración generalizada y permanente.

Evidentemente eso supone una clara preferencia del antropologismo, es decir de la reflexión crítica sobre el modo de vivir humano, frente al antropocentrismo, la reflexión ingenua que toma a los seres humanos de modo aislado, sin historia, sin relación con otras culturas diferentes a la suya y sin una relación con los demás seres, con cuanto hay además del propio hombre.

- Debido a esa condición antropológica de tu pensamiento has marcado siempre algunas distancias con la Metafísica y has eludido la Teología, pero no has privado nunca de la legitimidad filosófica a esas inquietudes intelectuales, incluso has escrito sobre autores que se internaron decididamente en ellas: ¿Es posible para la cultura contemporánea abordarlas de modo convincente? En todo caso ¿es necesario que lo intente?

- Hay quien confunde no tener prejuicios con no tener criterios. La interpretación antropológica en la lectura de los filósofos puede parecer distante de la Metafísica y de la Teología que personalmente no he cultivado; sin embargo hay que aclarar a qué Metafísica y qué Teología nos referimos, porque las cuestiones metafísicas son “principales” en la reflexión sobre la realidad, a condición de que no se separe en ellas artificiosamente los mundos inteligible y sensible. En Filosofía, por tanto, siempre se pedirá una Metafísica que no caiga, como algunas hacen, en metafísicas de palabras, que son mero nominalismo encubierto o teología teórica al margen de la vida. Lo importante en Filosofía es tratar de responder a tres preguntas fundamentales: “¿Qué se sabe”, “¿cómo se sabe” y “¿cómo se ejerce”, para ello necesitamos la Metafísica y al decirte esto me acuerdo de Zubiri cuando habla del hombre como ser de realidades. En fin, me agradaría llegar a estos temas desde esa Antropología que busca su fundamento en la realidad, es decir en la vitalidad de los propios principios metafísicos. La auténtica Antropología se abre siempre a un horizonte de trascendencia donde nada le aparta de ser Antropología, de su realidad auténtica, sino que, al contrario, amplía las exigencias de su propio carácter humano. Sin duda es ésta un dimensión religiosa, pero vital y realizadora, no alienante.

En sintonía con su reflexión sobre lo humano y como si de un reflejo práctico de su pensamiento se tratara, Luis Jiménez Moreno alude a su esposa mientras me ofrece un café - *Katy nos lo ha dejado preparado* - e imponiendo una pausa a mis notas con ese dominio de los ritmos de trabajo que posee todo buen pedagogo me pregunta:

-¿Pero de verdad tú crees que esto le podrá interesar a alguien?

Por un momento me desconcierta

- A tus amigos al menos sí, le respondo, y sabes bien que somos muchos.

Mientras tomamos el café me comenta la marcha del curso de doctorado que imparte y sus proyectos inmediatos, un congreso de Metafísica en Roma, cierta conferencia para antes del verano, alguna colaboración escrita... pero al cabo de unos minutos estamos de nuevo hablando de Filosofía:

- Lo que te vengo preguntando, así como tu preferencia por autores como Gracián, Kant, Rousseau, Nietzsche, Unamuno, D'Ors... pone de manifiesto tu interés por vincular Criticismo y Vitalismo: ¿Es posible una evaluación del estado actual de ambos modos de pensamiento? ¿qué es lo más destacado que ha aportado a la tradición filosófica europea el intento de conjugarlos?

- Efectivamente, Vitalismo y criticismo aparecen unidos en mis propuestas filosóficas, pues no se es dogmático o escéptico por lo que se trata sino por cómo se trata. Parto de la convicción de que Nietzsche y Kant, si bien epistemológicamente están distantes, defienden en lo básico y ante todo la soberanía personal de cada hombre. Sea como viviente que se propone realizarse superándose a sí mismo, o sea como ser racional, fin en sí mismo nunca sólo como medio. Kant y Nietzsche combaten la instrumentalización y el sometimiento del hombre, es decir que por diferentes caminos metodológicos los dos filósofos defienden una realidad humana soberana con aspiraciones semejantes y en este sentido, ambos dinamizan los ideales de la Ilustración. Es el caso también de Rousseau, pues su idea ilustrada de la libertad consiste en no estar sometido. Algo parecido late en la idea que tanto entusiasmo a Unamuno de la identidad y perdurabilidad o incluso en la defensa que hace Eugenio D'Ors de un saber estético-lúdico cuando elogia el ideal de "el hombre que trabaja y que juega". A Baltasar Gracián lo tengo por anticipador de todos ellos por su defensa de la razón no como algo objetivo, abstracto y universalizado, sino como la acción propia de cada ser humano en tanto que conoce y valora desde su individualidad. En todos estos casos al hablar de la Razón se nos remite, antes que a un marco natural de relaciones espacio-temporales que no dejaría de ser abstracto, a otro más elevado que decimos espiritual pero que es mucho más concreto, pues plantea sus exigencias al hombre en relación con su modo de vivir.

Su respuesta se prolonga en una serie heteróclita de ampliaciones de lo dicho, en donde alude a Poincaré o Lavelle o expresa sus discrepancias con la lectura que Gadamer hace de Nietzsche... *todo procede de no saber entrar en la mentalidad de éste, en cambio sí reconoce el mérito de Gracián, incluso el de Dilthey o Bergson...*

Finalmente le invito a cambiar de asunto:

- Una faceta importante de tu obra es la atención que has prestado siempre a la Filosofía Española. Aunque no se deban plantear cuestiones tópicas, a veces es inevitable alguna, sobretodo si se tiene la seguridad de que las respuestas no lo serán: ¿Debemos hablar de Filosofía Española o de Filosofía en Español?

Filosofía española o Filosofía en español, es cuestión comercial o propagandística, pero no es problema filosófico. Lo que importa es que sea Filosofía sin adjetivos y lo de española o en español son adjetivaciones secundarias. Debe tratarse de cuestiones filosóficas, el idioma o el género literario no son aspectos determinantes. Ahora bien, dicho esto he de reconocer una particular cercanía de la Filosofía que se ha cultivado en España a la Filosofía contemporánea y por lo que a mí me interesa, a los planteamientos antropológicos y vitalistas, algo que es evidente, por ejemplo, en el uso y tratamiento de símbolos y valores. Por eso mi interés por la Filosofía española comenzó por el Barroco y el Romanticismo. Es lamentable que, no sin un cierto papanatismo en la admiración de filósofos alemanes, ingleses o franceses, algunos colegas mantengan prejuicios insostenibles sobre los filósofos españoles.

- ¿Existe, más allá del empleo del Español, alguna especial cercanía temática, estética, histórica, metodológica etc... entre la Filosofía que se cultiva en España y la que procede de Iberoamérica?

Las sociedades que expresan su cultura y su filosofía en Español no cabe duda que tienen su comunidad, ya desde Platón sabemos que el logos presenta diferentes modos de ser, diferentes modos de expresarse y comunicarse, naciendo de este fondo multitud de problemas filosóficos. Don Miguel de Unamuno afirma que cada lengua tiene su filosofía, porque la palabra, desde el principio, es un modo de ser real, hasta el punto de que al inventar palabras se inventan problemas y finalmente se inventan cosas. Por tanto la propia comunidad de idioma induce a una cierta comunidad filosófica. No se puede entender, por ejemplo, la estética modernista en España, cosa que no es sólo literaria sino también filosófica, sin la influencia de Rubén Darío.

En este momento me anuncia que está ampliando un antiguo trabajo que en su día tituló “*Ideas estético-culturales en el Modernismo: Rubén Darío y Unamuno*”.

- ¿lo podremos leer pronto?, le pregunto

- No lo sé, en principio fue una ponencia que presenté en el VI Seminario de Historia de la Filosofía Española que tuvo lugar en Salamanca en 1969, pero ahora lo estoy transformando en un libro, de modo que sería el segundo volumen de la obra que dediqué al Pensamiento español.

- Entonces, si no me equivoco, se trataría de “Humanismo y Vitalismo. Pensamiento Español II”.

- En efecto.

- Permíteme insistir en este asunto de la Filosofía Española: ¿La cultura hispánica es proclive a la “Filosofía” o más bien al “Pensamiento”, es decir a una forma de ejercicio filosófico más ensayístico que sistemático, más incardinado en las expresiones estéticas que en las científicas de la cultura?

- A mi modo de ver “Filosofía” o “Pensamiento”, se les añade o no el adjetivo “hispánico”, no siempre deben equipararse, pues el pensar filosóficamente sobre las diversas cuestiones filosóficas suele tener su propio discurso. Lo cual no impide que el Pensamiento juegue un papel destacado en la historicidad de la Filosofía y viceversa. Dicho esto, a mí me parece que tanto en la “Filosofía” como en el “Pensamiento”, la mayor proximidad de los grandes pensadores de América con los españoles radica, más que en las cuestiones cultivadas, en el estilo y la modulación del lenguaje... aunque reconozco que mi punto de vista, si no se matiza, puede ser discutible. En cualquier caso pienso que los grandes pensadores y escritores filósofos hispanoamericanos han sentido una marcada propensión por el estilo bello y las cuestiones humanísticas y sociales, lo que les hace cultivar el bien decir, por eso abundan tanto entre nosotros los filósofos que escriben bien y los grandes literatos que piensan hondo. Las cuestiones estéticas nunca son menores en la Filosofía, y a eso suele aludir el término “Pensamiento”, por ejemplo esas relaciones son fundamentales para entender el hecho antropológico de la cultura o la importancia del uso del lenguaje en la Filosofía. Me acuerdo que este asunto lo discutí alguna vez con el difunto Alain Guy y lo recogí en un trabajo que titulé “Crisis de la Modernidad en el Pensamiento español”.

- Al hilo de todo lo que me dices, quisiera tu opinión sobre el papel que ha jugado la Filosofía en la cultura española del último tercio del siglo XX y el que está jugando en este arranque del XXI.

- La Filosofía nunca ha sido multitudinaria, tampoco hoy y por eso su influjo depende de cómo sean los paladares capaces de apreciarla. Tanto si se ha cultiva-

do como “Filosofía” o como “Pensamiento”, siempre ha habido filósofos, aunque no necesariamente han coincidido con los profesionales de la Filosofía; en el final del siglo XX y el principio del XXI no iba a ser menos. Si me refiero a los filósofos como gremio, me da la impresión que no tienen gran presencia ni fuerza en la cultura. En la española o hispánica se debe, en parte, a que el género literario que cultivan esos filósofos profesionales, sociológicamente y desde el siglo XVII, ha tenido una escasa aportación y han sido otros los géneros literarios, como el teatro, la novela e incluso la poesía, los que con más fuerza han hecho presente la Filosofía en la sociedad y en la cultura.

- ¿Por eso has incluido en la magnífica *Biblioteca de Filosofía* de Ediciones del Orto, que diriges, a autores como Plethón, Martí, Galdós, Baroja, Lezama Lima...?

- Exacto, porque aunque formalmente no se les ha venido incluyendo en la nómina de los filósofos, sus escritos plantean cuestiones filosóficas de gran interés que han suscitado la atención de los propios filósofos reconocidos. Una *Historia de la Filosofía* que se interese por la realidad histórica de ésta, y no sólo por su relato oficial, no puede permitirse el lujo de ignorar ese tipo de autores.

Al hilo de estas cuestiones nuestra conversación va dispersándose en la pura actualidad. En relación con ésta Luis Jiménez me confiesa que lee con interés a Eugenio Trías, a Sánchez Cámara o a Adela Cortina.

-¿A Jesús Conill le lees también?

- No, a ese no, aunque le conozco personalmente y lo poco que he leído de él me agrada bastante.

Comentamos también las intervenciones de algunos profesores de Filosofía en la vida pública y a propósito de esto me dice que admira mucho el coraje cívico de Fernando Savater.

A punto de concluir advierto que hemos conversado durante dos horas con gran amenidad. Para mí ha sido una nueva lección de Filosofía del antiguo maestro que no sé bien cómo agradecer, pero que en cualquier caso me explica con hechos aquel aforismo de D’Ors sobre la biografía que late en cada idea. Anochece y los alumnos de la tarde me esperan para reanudar las clases tras las vacaciones de Navidad, por lo que he de despedirme con un punto de precipitación y torpeza; Luis Jiménez, sin embargo, me depara la misma calidez y afabilidad con que me recibió. Cuando llego a la Facultad hace frío, mucho frío.